

# Introducción a la antropología del capitalismo<sup>1</sup>

## 1. Un nuevo enfoque

Mi objeto es aplicar a la depuración y defensa del liberalismo clásico algunas de las conclusiones, provisionales sin duda, a las que han llegado los cultivadores de la ‘psicología o antropología evolucionista’. Se trata ésta de una nueva especialidad que enfoca la antropología partiendo del supuesto de que “nuestras proclividades mentales están enraizadas en nuestra historia biológica y evolucionista”:<sup>2</sup> enraizadas, sí, pero no determinadas del todo. Hay en el ser humano una capacidad de aprendizaje social y de innovación emergente,<sup>3</sup> que lo hace capaz de recombinar de manera novedosa elementos genéticos pre-existentes.

Las evidencias arqueológicas interpretadas a la luz de la teoría biológica indican que los humanos hemos evolucionado a partir de simios antecesores comunes nuestros y del chimpancé, pero dando nosotros un salto cualitativo que ciertamente no entendemos bien. Los homínidos probablemente empezaron a evolucionar hacia formas humanas actuales en el Pleistoceno medio o época de las glaciaciones, hace unos ochocientos mil años. El tipo de inteligencia humana que caracteriza al *homo sapiens sapiens* parece que emergió o apareció en el Holoceno, cuando se moderaron las temperaturas, hace unos cincuenta mil años. Durante los primeros cuarenta mil años de este último lapso, nuestra especie vivió la vida de los cazadores recolectores. Precisamente en ese entorno se formaron las propensiones individuales y sociales que perviven bajo el barniz de las civilizaciones posteriores.

Puede ser ilustrativo citar a Paul H. Rubin, uno de los muchos estudiosos de las probables condiciones de la vida de los cazadores-recolectores en ese largo período de adaptación de cuarenta mil años, cuya huella buscamos en nuestra naturaleza humana.<sup>4</sup>

Grupos [de unas 150 personas,] lo suficientemente pequeños para que sus miembros puedan observarse los unos a los otros pero lo suficientemente grandes como para que haya quien pueda ‘hurtar el hombro’; ausencia de estructuras de gobierno centrales; abundancia de individuos sin relación familiar; mínimas diferencias de estatus; compartición de alimentos o de esfuerzos para obtener el alimento; alta rotación de miembros del grupo; ausencia de inversión; y ostracismo como la principal forma de castigo. (págs. 6 y 7)

---

<sup>1</sup> Texto revisado de una Conferencia pronunciada el 19 de abril de 2006 en el Campus de Madrid de la Universidad de St. Louis, para su presentación en el Seminario Lucas Beltrán del Centro de Economía Política y Regulación de la Universidad CEU San Pablo.

<sup>2</sup> Rubin (2002), Prefacio. La psicología evolucionista ha tomado como base de interpretación del ser humano la socio-biología de Wilson (1975), una intuición que ha dado mucho fruto, sin que ello obste para que no tenga la capacidad de explicación omni-comprensiva del fenómeno humano. Hayek escribió su *The Constitution of Liberty* (1960) para explicar el origen aprendido y no biológico de las instituciones de la sociedad libre. (Cap. IV.3, pág 159)

<sup>3</sup> Sobre el concepto de emergencia en un Universo abierto, aplicado al cerebro y la mente humanos, véase lo que dice Popper sobre indeterminismo y novedad biológica, en Popper y Eccles (1977), secciones P7-P9, págs. 14-35.

<sup>4</sup> En su libro sobre el origen evolucionista de la libertad, recoge Rubin (2000) en este punto lo dicho en Bowles y Gintis (2001), que son los que resumen estas ocho notas sobre la base de una cuidadosa revisión de la literatura antropológica.

Esas pautas de comportamiento, sostienen los estudiosos de la antropología o psicología evolucionista, siguen marcando los vectores del comportamiento de los humanos actuales,<sup>5</sup> sin predeterminedar sin embargo su camino totalmente. Una de las razones principales por las que las características personales y sociales de los humanos son variadas y novedosas es nuestro carácter altamente individualista y deseoso de independencia.<sup>6</sup>

Dadas las características generales de aquellos individuos, eran posibles dos grandes vías paralelas de evolución en sus relaciones los unos con los otros: la vía del conflicto y la vía de la colaboración. Ambas se han practicado y se practican en los grupos humanos, pero hay que hacer hincapié en que la Humanidad no habría progresado en absoluto si la vía de la cooperación y competencia pacíficas no fuera la dominante. Ha facilitado este camino, añade Rubin, la aparición espontánea de las instituciones del derecho consuetudinario pre-estatal: es decir,

las reglas legales básicas que definen los derechos de propiedad, el cumplimiento de los contratos y la prohibición de ciertas formas de violencia. (...) Son parte integral de cualquier sociedad y diversas variantes de estas reglas son universales entre los humanos.<sup>7</sup>

Los derechos de propiedad y las distintas formas de proteger su permanencia y facilitar su transacción “forman la base de la interacción y competencia no-conflictivas entre las personas”.<sup>8</sup> Tales reglas y otras básicas semejantes son ‘naturales’, en el doble sentido de que son consecuencia directa de nuestra estructura genética y de que son previas al Derecho positivo estatal.<sup>9</sup>

Esta apelación a los instintos del género *homo*, heredados de su conformación en el Pleistoceno, no implica que los humanos de hoy obedezcamos ciegamente estos impulsos. Los genes no determinan del todo nuestra conducta. Los hombres somos capaces de innovar y aprender, por lo que nuestra cultura evoluciona hasta desarrollarse de maneras inesperadas y a menudo extraordinariamente fructíferas. El principal ejemplo de una transformación emergente, inesperada y ‘no natural’ de las sociedades humanas primitivas es el hecho de que comerciamos con extraños y, por consiguiente, dividimos nuestro trabajo con desconocidos. Paul Seabright, en un libro muy sugestivo, titulado *En compañía de extraños: una historia natural de la vida económica* (2004), señala lo poco natural que es el comercio con personas a las que no se conoce y a las que no puede obligarse a cumplir promesas y contratos. Muchos son los filósofos que han querido comparar nuestras sociedades con colmenas de abejas, colonias de termitas, o con hormigueros. Esos insectos que tan efectivamente dividen el trabajo en sus respectivas sociedades son hermanas y no colaboran con individuos con los que no están relacionados genéticamente. Por el contrario, el simio *homo*, tan temeroso, huidizo y violento como los chimpancés, comercia desde los más remotos tiempos con desconocidos. Ese comercio le permite dividir su trabajo con otros humanos dispersos por el mundo, a quienes nunca tendrá ocasión de ver cara a cara.

Así pues, en los diez mil años en los que *homo sapiens sapiens* ha vivido bajo formas culturales reconocibles por los hombres actuales, no ha habido tiempo para modificaciones importantes de nuestro bagaje genético,

<sup>5</sup> Digo ‘vectores’ por comparación o aproximación, pues la evolución biológica de *homo sapiens sapiens*, un género expuesto a continuo mestizaje, podría representarse como la resultante de fuerzas en dos o más dimensiones (como serían orientación y duración), una resultante representable por una línea orientada relativamente a un punto de partida, y cuya magnitud es igual a su longitud, - con la complejidad correspondiente si se suponen más dimensiones. El primer cálculo vectorial fue el del paralelogramo de fuerzas de la mecánica de Galileo.

<sup>6</sup> Señala Rubin (2002) que Reiss (2000) enumera dieciséis dimensiones en las cuales diferimos los individuos, de las que catorce tienen base genética: las combinaciones de estos rasgos diferenciales dan lugar a dos billones de posibles perfiles.

<sup>7</sup> Rubin (2002), pág. 80.

<sup>8</sup> Comunicación personal de Dan Christian Comanescu, en la Liberty Fund Conference de marzo de 2005 en Ámsterdam.

<sup>9</sup> Entiéndase que también es ‘natural’ el conflicto, lo que dificulta el intento de construir un Derecho Natural unívoco y moralizante.

sino sólo evolución cultural. El individualismo está en nuestros genes desde el principio, pero su pleno desarrollo es un resultado de la evolución cultural: la tendencia a la autonomía personal, que era norma entre los cazadores recolectores,<sup>10</sup> ha sido contrarrestada culturalmente durante el largo período histórico de jerarquización de las sociedades; sólo en la actualidad y gracias a la expansión de los mercados, el comercio, y las tecnologías de la información, vuelve a aflorar con fuerza creciente la autonomía individual, tras una era de continua centralización social y política.

Esta renovada individuación toma elementos genéticos primitivos y los transforma gracias a la aparición y extensión de costumbres pacíficas de intercambio real y virtual con extraños. El individualismo de hoy no sería concebible sin la obediencia a reglas culturales ciegamente emergidas, que nos llevan a encauzar y corregir algunas de nuestras inclinaciones ‘naturales’. Un ejemplo de este tipo de transformación y domesticación social de impulsos atávicos es la monogamia: ésta sin duda contraría algunas inclinaciones ‘naturales’ de los varones, pero da ocasión a que las hembras desarrollen más equitativa y dignamente su maternidad y a que los varones de los rangos inferiores de la jerarquía social tengan la posibilidad de dejar descendencia. Más generalmente y como ha subrayado Hayek,

*el hombre ha sido civilizado muy contra sus deseos. (...) Las reglas indispensables de la sociedad libre exigen de nosotros muchas cosas desagradables, como el sufrir la competencia de otros o el ver que otros son más ricos que nosotros<sup>11</sup>.*

Todo ello lleva a que los humanos de hoy padezcamos profundas contradicciones, por sentirnos presos de una larvada insatisfacción ante nuestra civilización, al tiempo que deseamos ardientemente formar parte de ella. Ésta es la fuente del malestar en la modernidad.

## 2. El comercio precede al Estado

Ya he mencionado el libro de Paul Seabright: *En compañía de extraños* (2004). Trata del sorprendente fenómeno de la colaboración e intercambio de los humanos con congéneres que no pertenecen a su familia y con los que la relación genética es remotísima. El capítulo II se titula “De simios asesinos a amigos de honor”. En efecto, entre las especies de géneros cercanos a nosotros, como son los chimpancés, la cooperación y el intercambio recíproco sólo se dan entre miembros de la familia extensa: con extraños la relación es normalmente bélica o agresiva. Ciertamente seguimos obedeciendo impulsos de agresión, incluso hacia nuestros parientes, pero ¿por qué es que hemos adquirido los humanos la capacidad de contratar y negociar con extraños?

Es revelador que el comercio y el dinero aparecieran mucho antes que las organizaciones políticas, que los tribunales, que el Estado. Recoge Ridley (1996), el caso de la tribu de los Yir Yoront, unos aborígenes australianos instalados en las llanuras aluviales del norte de su Continente. Pese a que la piedra de sus hachas se extraía de canteras sitas a cientos de millas al sur de su territorio, y a que en el camino se interponían las más diversas y extrañas tribus, los Yir Yoront las habían obtenido gracias a una larga cadena de intercambios: trocaban puntas de lanza con agujones venenosos de raya marina, por los cabezales de hacha que, de mano en mano, les llegaban desde el sur<sup>12</sup>. La cooperación espontánea es atractiva por sus consecuencias.

<sup>10</sup> Rubin (2002), pág 104.

<sup>11</sup> Hayek (1979), Epílogo: “Las tres fuentes de la valoración humana”. Subrayado de Hayek.

<sup>12</sup> Ridley (1996), págs. 197-199, donde recoge los resultados del estudio antropológico de Sharp (1952).